

Vuelta a empezar

Oscar Tusquets

por Lola Díaz

Si tuviéramos que contar con los dedos de las manos los mejores arquitectos que funcionan en este momento en España, Oscar Tusquets sería uno de ellos. Integrante del Estudio Per, durante veinte años ha formado junto a Luis Clotet uno de los matrimonios más sólidos de la profesión. Ahora, a los 42 años, Oscar Tusquets ha decidido emprender solo el vuelo, trabajando con Clotet única y exclusivamente en los compromisos contraidos con anterioridad, como es el de la reforma y ampliación de la Facultad de Medicina o la del Palau de la Música de Barcelona. Para lo demás, Oscar Tusquets quiere asumir, a partir de ahora en solitario, el palo o la gloria de sus propios éxitos y fracasos.

LOLA DÍAZ: Ahora, cuando una gran parte de la profesión está en el paro, debe ser muy gratificante ser un arquitecto famoso y tener mucho trabajo...

OSCAR TUSQUETS: Es que no tengo tanto. Desde que hicimos el restaurante «La Balsa», hace cuatro años, yo no he vuelto a tocar un tocho. Ni uno.

L. D.: Pero la Administración socialista os ha encargado proyectos importantes, como el del Palau de la Música...

O. T.: Sí, es cierto. A raíz de los del cambio político empezamos a recibir propuestas por parte de los socialistas y por parte de la Generalitat para entrar en los proyectos públicos. Antes no nos habían encargado nada de este tipo y nos pareció una posibilidad maravillosa. Evidentemente ha sido una posibilidad maravillosa, pero de trabajar sin cobrar y no construir nada hasta el momento. La razón es que los proyectos que nos han ofrecido son utópicos o les falta presupuesto. Así que, desde hace años, tenemos proyectos ambiciosísimos que no se terminan de realizar. Los políticos y los arquitectos trabajamos a ritmos diferentes. Para empezar, cada uno de esos proyectos se para con cada período electoral. Los políticos trabajan a dos años vista, y en arquitectura no se puede hacer nada en ese tiempo.

L. D.: O sea, que no sale a cuenta trabajar para los poderes públicos...

O. T.: De todas formas creo que los socialistas nos respetan más que la Generalitat. La política de la Generalitat es mucho más estricta, y si no eres un arquitecto de Convergencia lo tienes mal. En cambio, los socialistas han mantenido una actitud más abierta y más inteligente... De todas formas yo he llegado a la conclusión que no hay buenos o malos encargos sino buenos o malos clientes.

L. D.: ¿Y de qué depende la bondad de

un cliente?

O. T.: Del respeto que te tenga. Yo, por ejemplo, estoy haciendo bastante diseño industrial y he tenido una experiencia interesantísima trabajando con los italianos que me han venido a buscar. Con ellos no hay trabas ni roces y tratan con una gran seriedad al diseñador. Lo malo de la Generalitat y todo eso es el continuo rozamiento que implica y la cantidad de energías que se malgastan sin llegar a la obra. Yo trabajo más a gusto haciendo una silla, un chalé o unas oficinas que no en todos esos grandísimos proyectos que tanto le gustan a Luis Clotet. El nunca ha estado tan decepcionado como yo sobre las posibilidades de trabajar con la Administración.

L. D.: ¿Es ésa una de las razones por las que habéis dejado de trabajar juntos?

O. T.: Esa es una razón, pero la fundamental es la necesidad que tengo, de hacer las cosas sólo.

L. D.: Después de veinte años supongo que habrá sido una decisión difícil...

O. T.: Esta decisión la llevo madurando hace mucho tiempo. Además me han pasado cosas muy graves en mi vida personal, cosas que han modificado mi orden de valores y me han llevado a tomar resoluciones... Incluso en una profesión tan lenta, como es la arquitectura, creo que a los 42 años ya no me queda mucho tiempo por delante. No tengo prisas pero tampoco quiero perder el tiempo.

L. D.: ¿Crees que lo has estado perdiendo?

O. T.: No, porque mi colaboración con Luis ha sido excepcional, como lo prueba todo este tiempo de nuestro matrimonio profesional. Si he podido trabajar durante veinte años con Luis es porque él es una persona excepcional. Pero ahora estoy en un momento en que me quiero equivocar sólo y asumir sólo el riesgo.

L. D.: Dá la sensación que Luis Clotet es una persona más racional y más fría que tú en el trabajo...

O. T.: Creo que Luis es más vanguardista que yo, y también más racional... Por ejemplo, tengo la sensación de que ahora, el hecho de pinchar angelitos en las bóvedas de una habitación, le intranquilizaría más a Luis que a mí. Yo estoy dispuesto a pinchar angelitos, así como suena, es decir, jugándomela y corriendo el riesgo de ser cursi. Y no me refiero a pinchar unos retalitos así, que-recuerden no-sé-qué, sino a pinchar angelitos de verdad, si es que tengo ganas de hacerlo.

L. D.: ¿Cómo si tuvieras más claro lo que quieres?

O. T.: Al menos me disperso menos que

antes. Por ejemplo ahora hay menos edificios que me gustan, sobre todo los contemporáneos. En este sentido estoy más definido y me encuentro mejor. Por otro lado, sin embargo, sé que tengo menos neuronas vivas que cuando era joven. Por eso no puedo perder el tiempo en cosas que no me gustan. Einstein dice que las intuiciones se terminan de perfilar a los diecinueve años y que después, lo único que se hace es pasarlas a limpio. Yo estoy completamente de acuerdo. Para mí, el artista es un señor que pasa a limpio sentimientos colectivos. Es seguro que existe muchísima gente que se ha acordado de cuando era pequeño al mojar una magdalena en el té... Pero sólo Proust fue capaz de pasar a limpio ese sentimiento haciendo de él una obra de arte. Además, últimamente me he vuelto muy religioso...

L. D.: ¿Qué quieres decir?

O. T.: Pues que me ha cogido la conciencia de que estamos muy de paso, que todo es provisional y que no tiene sentido hacer planes a largo plazo...

L. D.: A lo mejor esa conciencia es un reflejo de la crisis y la inseguridad mundial...

O. T.: No pretendo hacer análisis económicos ni políticos. Sólo hablo de lo que me pasa a mí. No me interesa la política.

L. D.: Puede que no te interese, pero te afecta.

O. T.: Lo único que me afecta, en ese sentido, es el imperialismo soviético. Evidentemente yo soy anticomunista, antisoviético y de derechas.

L. D.: Últimamente, parece que a una gran parte de la progresía le ha dado por hacerse de derechas...

O. T.: Mira, a mí hay muchas cosas que me han decepcionado las veces que he estado en América —entre ellas el hecho de que es un país que intenta vivir sin conciencia de la muerte y ésto les lleva a situaciones muy absurdas. Pero, a parte de eso, y teniendo en cuenta que en Estados Unidos se trabaja más duro que aquí, se come mucho peor y tiene un clima, también peor, reconozco que es un mérito que sus gentes se dediquen a protegernos a todos nosotros. Es increíble, pero si Europa existe es porque estos señores quieren que existamos.

L. D.: ¿Y crees que Estados Unidos se ocupa de Europa por amor?

O. T.: Lo único que sé es que si los rusos no están cenando ahora mismo en Maxim's es porque Reagan no quiere... Además no me interesa nada hablar de todo ésto porque sé que no voy a convencer a nadie que no esté ya convencido.



En Francia se puede criticar a la Unión Soviética. Aquí todavía no está bien visto decir públicamente que el marxismo es un error...

L. D.: Estábamos en que te habías definido más, que quieres equivocarte sólo y que te has vuelto religioso...

O. T.: He perdido el miedo a muchísimas cosas, como es hacer el ridículo o no triunfar. Lo que de verdad me preocupa es la muerte, y frente a ese miedo fundamental, todo lo demás, adquiere un valor tan sumamente relativo que, por contrapartida, te conviertes en una persona muy valiente.

L. D.: ¿No tenías antes esa conciencia de la muerte?

O. T.: Antes lo sabía, como lo sabe todo el mundo, pero sin ser totalmente consciente de ello. Sin embargo, creo que he tenido la suerte de darme cuenta del hecho de la muerte relativamente pronto. Salvador Dalí, por ejemplo, la descubrió muy tarde. Tenía 72 años, y a esa edad te queda poco tiempo y pocas energías para asimilarlo. Dalí siempre ha pensado

O. T.: Sí, ha sido duro. Pero a mí me pasa una cosa y es que me tomo mucho tiempo antes de llegar a una decisión. Sin embargo, en el momento que me decido ya no hay nada que me vuelva atrás.

L. D.: Y echando una ojeada al pasado: en los años sesenta tú formabas parte de la Gauche Divine barcelonesa. ¿Cómo ves ahora aquello?

O. T.: La Gauche Divine fue la actual Movida Madrileña quince años antes. No era ni un seminario, ni un forum cultural, sino una serie de gente muy creativa que se reunía, hacían cosas y se divertían... Ahora, sin embargo, es más divertido Madrid... aunque allí todo sea un poco de cartón-piedra.

L. D.: Vosotros desde luego, parecíais más sofisticado. Por ejemplo, durante un tiempo el Estudio pero se dedicó a colocar bañeras en la sala de estar de media progresía barcelonesa.

O. T.: Las últimas bañeras que hemos colocado han tenido más que ver con la cabezonería de Luis que conmigo. Sin embargo, este tipo de encargo siempre lo

ta móvil... En cuanto a los cuartos de baño... ahora, como entonces, me niego a verlos como un lugar de castigo. Por eso sigo interesado en hacer del baño un lugar superconfortable, sin necesidad de poner la bañera en la sala de estar, pero insistiendo para que sea un lugar agradable, con vistas y todo tipo de comodidades...

L. D.: Un lugar de placer...

O. T.: Sí, pero sin esa connotación de naturalidad frente al desnudo. Porque a mí no me parece nada natural el ir desnudo. Yo soy antinudista y también me horroriza la pretendida naturalidad con que algunos rodean el sexo. Mi opinión sobre el sexo es la misma de Bataille y estoy convencido de que una de las razones para ser católico es que uno anda mucho más caliente...

L. D.: ¿Quieres decir que una de los motivos de tu religiosidad es la calentura?

O. T.: Respecto al sexo, sin lugar a dudas. No creo en el sexo sin transgresión arriesgada y sin miedo a la condenación

OSCAR TUSQUETS: «... una de las razones para hacerse católico es que uno anda mucho más caliente con la represión...»

que no se moriría nunca. Estaba convencido de que la ciencia inventaría algún artilugio, cualquier cosa, antes de que le llegara la hora. En un momento determinado la muerte de Gala, se encontró muy mal y se dio cuenta de que él también se iba a morir. Esta convicción le aterrizó. Además, era demasiado tarde.

L. D.: Durante bastantes años tú has convivido con una persona muy enferma. Supongo que eso también habrá influido...

O. T.: Durante los últimos años he vivido una situación terrible junto a una persona que se podía morir en cualquier momento... Una de las cosas que más me han impresionado de mi amistad con Dalí ha sido su capacidad de sacar el mejor partido a lo peor. Por eso, durante estos años, siempre me preguntaba: ¿podré sacar algo bueno de esto? El día que me dí cuenta que corría un serio riesgo de suicidarme pensé que tenía que tomar una determinación. Todo menos seguir viviendo así. Finalmente decidí cancelar mi compromiso antes que mi compromiso me cancelara a mí: en vez de tirarme por el balcón opté por salvarme como fuera...

L. D.: ¿Lo has conseguido?

O. T.: Creo que sí. He cancelado mi compromiso y ha sido muy duro. Pero era mucho más duro vivir como lo estaba haciendo en la anterior situación, completamente obsesionado y sin vislumbrar salida. Es terrible estar junto a la persona que más has querido y que más te ha excitado en el mundo sin poder hacer nada. Es inimaginable lo que eso puede coartar humana y profesionalmente...

L. D.: Debe ser duro romper, prácticamente al mismo tiempo, con una relación efectiva y con otra profesional de tan larga duración...

hicimos consultando previamente al cliente privado... De todas formas el asunto de las bañeras tuvo que ver con una época muy concreta en la que se creía que la gente desnuda era bella...

L. D.: Era la época en la que vosotros érais jóvenes...

O. T.: Era la época en la que nosotros éramos jóvenes pero el mundo también lo era. Al menos todo el mundo jugaba a ser joven. Sin embargo, en este momento, pienso que también hay que tener en cuenta a la gente que no es ni joven ni guapa. De la misma forma que ahora tengo en cuenta al ancianito que quiere apoyarse en una barandilla cuando sube las escaleras, cosa que antes me tomaba un poco a broma.

L. D.: ¿Cuáles serían, según tú, y desde un punto de vista profesional, los errores de esa época?

O. T.: Uno de los grandes equívocos de los años sesenta fue que todo el mundo quería incidir sobre sus cosas. La distribución de las casas la decidían los vecinos, la elección de los cuadros del Museo del Prado se hacía por votación popular y los profesores de los niños los elegían los papás. Creo que eso fue un error. Hay temas, como la distribución de mi casa, que a mí me interesan, pero en otros, prefiero depositar mi confianza en alguien que la merezca y que sepa más que yo. Tampoco creo ahora, como se creía entonces, que la planta de una casa tenga que ser móvil, para que la gente, con el tiempo, pueda ir descubriendo sus usos particulares. Ese ha sido otro típico error de los sesenta. La planta de una casa tiene que ser muy clara y muy ordenada y, sobre todo, tiene que permitir, sin moverse, el máximo de usos previstos e imprevistos. Además, los usos siempre van a ser imprevistos, con o sin plan-

eterna. Eso que hacen los suecos, que mandan a sus niños a la escuela para que les enseñen una sección de clítoris policromada me parece abominable. Ya que el sexo es una cosa que dura tan poco, vamos a alargarlo, al menos, a base de misterio... De todas formas mis sentimientos religiosos van más allá y se refieren a la trascendencia.

L. D.: De alguna manera, dejar una obra importante también es trascender...

O. T.: Yo me dí cuenta de que me empezaba a hacer religioso viendo la Exposición Antológica de Picasso en Barcelona. Yo estaba con Luis Marsans, el pintor, y recuerdo que le dije que me sorprendía la poca fidelidad de Picasso frente a sus estilos, una cosa que siempre ha sido muy aplaudida. Viendo los retratos de sus distintas mujeres desde aquella visión científica y aquel ojo geométrico llegué a la conclusión que Picasso no podía haber amado de verdad a ninguna de ellas. En un momento determinado recuerdo que le dije a Luis: «¿Sabes una cosa? Creo que Picasso no es un pintor muy transcendente porque nunca ha creído en Dios». Fue un comentario que se me escapó, pero cuando se te escapan ciertas cosas es que las tienes muy adentro... La trascendencia es otra cosa. Por los beneficios que puedes obtener aquí no hay razón para trabajar a un cierto nivel. Ya sé que hay muchos que hablan del placer-del-trabajo-bien-hecho y todo eso, pero no va por ahí. Cuando tú piensas que Louis Khan murió arruinado y lleno de deudas o que a Stirling le quisieron hacer sir, y no tenía ni para comprarse un coche, te das cuenta que esta gente no ha hecho las cosas ni por reconocimiento ni por dinero. Lo han hecho por otra cosa que yo llamo trascendencia o religión.